

**CARLOS ALDUNATE, s. j.
R. VALENZUELA E.**

LA ORACION CARISMATICA

EDICIONES PAULINAS

Colección
C A R I S M A
4

**CARLOS ALDUNATE, s.j.
R. VALENZUELA E.**

LA ORACION CARISMATICA

3ª EDICION

EDICIONES PAULINAS

Con las debidas licencias

Todos los derechos reservados

© EDICIONES PAULINAS
Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile
Impresor: TALLERES GRAFICOS
Pia Sociedad de San Pablo
Enero de 1991
Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

"Gócese y alégrense en Ti los que te buscan"
(Salmo 40,16).

Son muchos los cristianos que sienten hoy un anhelo de encuentro con Dios, un misterioso llamado a la oración. Repiten con los apóstoles: "Enséñanos a orar" (Lc. 11,1).

Las páginas que siguen responden en parte a esta petición. No presentamos un tratado sobre la oración, sino un aporte de la "renovación espiritual que vemos al Espíritu Santo suscitar hoy día en las regiones y ambientes más diversos" (Paulo VI, Bibliografía N° 1, p. 22).

Una de las características de esta renovación es el gusto por la oración. Como dicen algunos: "Los carismáticos rezan". Paulo VI atestigua lo mismo con estas palabras: "Signos de esta renovación son: gusto por la oración, contemplación, alabanza a Dios, atención a la gracia del Espíritu Santo..." (Idem. p. 24).

Y de paso el papa define con mucha exactitud lo que es oración carismática: oración, contemplación, alabanza en atención y docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo.

Esta oración tiene algunas formas que siempre han existido en la Iglesia, otras presentan alguna no-

vedad. Su difusión es un enriquecimiento para la Iglesia. Por esto las explicamos aquí.

Invitamos al lector a leer este librito con el corazón abierto al Espíritu Santo. San Isaac el Sirio enseña que "cuando el Espíritu establece su morada en el hombre, éste nunca cesa de orar, pues el mismo Espíritu Santo ora constantemente en él. Sea que duerma o que vele, que coma o trabaje... la oración nunca se separa de él, sino que a toda hora continúa actuando internamente en secreto... porque los movimientos de la mente y corazón que son puros son voces humildes que secretamente cantan alabanzas al Ser que está en lo secreto" (Nº 20, p. 213).

I^a Parte

LA ORACION PRIVADA

Dejaremos de lado la oracion en que se recitan fórmulas fijas, como el rosario, etc., para referirnos sólo a una oración más personal y espontánea, al diálogo informal. Ya sea que se trate de un tiempo dedicado exclusivamente a la oración, o de orar en grupo, o del diálogo con Dios a lo largo del día, los elementos principales parecen ser los siguientes:

1. *Hablar a Dios*

La presencia de Dios se manifiesta tan a menudo y en tantas formas: en la naturaleza, en las personas, en los acontecimientos felices o desgraciados, en el simple hecho de vivir... Y la respuesta espontánea es la alabanza, la acción de gracias, la petición confiada y sencilla, y también la oración en lenguas que alaba o intercede.

Pregunté a un científico con un alto cargo en la Universidad: "¿Rezas?". Me contestó: "No digo oraciones; pero no puedo dejar de alabar a Dios el día entero".

Las expresiones: “¡Bendito sea Dios!” y otras equivalentes, no son un slogan. Responden a una verdadera necesidad.

El P. Bouillot, s.j., decía en una conferencia dada en Bruselas: “Si quieren confiar en mi experiencia les diré que no he sabido en realidad lo que podía querer decir *Orar en todo momento*, no he comprendido en su sentido pleno el significado de esta oración sino cuando he encontrado personas que vivían del Espíritu, que habían aceptado dar ese paso de humildad que consiste en pedir la efusión del Espíritu. Entonces he visto a esas personas vivir esa oración continua” (Nº 5, pág. 3).

2. *Dios habla al hombre*

No sólo se habla a Dios sino que se quiere escucharlo. El P. David Geraets, O.S.B., escribe: “El hombre busca comunión con Dios, de modo que pueda oír a Dios hablando. Sólo así puede ser guiado por el Espíritu de Dios, enseñado específicamente cuál es la voluntad del Padre, para que pueda llegar a ser un “hacedor” de la palabra —no solamente uno que la escucha— otro Cristo, ungido por el Espíritu Santo que le muestra la voluntad y la obra de Dios y lo capacita para realizarla” (Nº 15, p. 76).

Y Dios habla, se revela, por distintos medios.

a) *La Sagrada Escritura* es uno de los medios, el que se tiene más a mano, una especie de teléfono directo.

Hay muchas maneras de usar la Biblia. Es corriente que los carismáticos lleven consigo la Biblia o el Nuevo Testamento cuando quieren orar. Lo abren en cualquier página. No se trata de una acción mágica sino más bien de una especie de juego que, a menudo, Dios acepta jugar. Si el texto que se encuentra no ayuda en la oración, se busca otro. "Toda Escritura es... útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia" (2 Tim. 3,16-17).

La Sagrada Escritura es el alimento indispensable y, además, su uso evita que la oración se vuelva narcisista, diálogo consigo mismo. Se aconseja estudiar la Sda. Escritura, leerla, meditarla; pero orar con ella no es estudio, lectura ni meditación.

Un *esquema* muy simple para un rato de oración es el siguiente:

Alabar. Ante Dios, conscientes de la vida que hay en nosotros y en derredor nuestro, dar gracias, bendecir al Señor.

Escuchar a Dios en silencio.

Abrir la Sagrada Escritura preguntándole al Señor si quiere decirnos algo.

b) *Dios habla en el silencio*

El Espíritu de Dios invade el espíritu del hombre cuando éste le abre la puerta (Cf. Apoc. 3,20) y, según Blaise Arminjon, "no cesa de encaminarlo a una oración siempre más perfecta, es decir, a una relación siempre más íntima con él" (Nº 2, p. 500).

Caffarel explica así la oración en silencio: "Si toda palabra le parece superflua, mucho menos explícita y verdadera que su ser silencioso entregado

a la mirada del Señor; si al abandonar la oración se siente sereno y como renovado, entonces no busque más, es que el Espíritu Santo lo ha introducido en el reino del silencio" (Nº 6, p. 117).

El P. de Maumigny habla de "mirada simple y prolongada del alma que no es sino un acto de fe perfeccionado por la sabiduría" y explica que "la contemplación no es por razonamiento, corresponde a la simple intuición de la verdad" (Nº 23, p. 20 y 14).

Tillard opina que, "el acto contemplativo, momento fugaz en el cual un creyente se detiene en la presencia de su Dios al que descubre próximo, íntimo a sí mismo y plenificante. . . debería ser normalmente algo propio de todo cristiano" (Nº 32, p. 283).

No se trata de un silencio estéril:

En una jornada, al finalizar una instrucción se dejó más de media hora para que todos oraran en silencio. Al día siguiente los líderes reunidos hacían una evaluación y dijeron que, no era en las instrucciones donde habían aprendido más sino en esos "cinco minutos" de silencio.

La mayor parte de los carismáticos son laicos y no están llamados a la vida contemplativa institucionalizada; en ellos la contemplación va unida a la acción. Un teólogo español hace la siguiente observación: "En general se constata que en la mística predomina la relación personal con Dios mientras que en la experiencia carismática sobresale la referencia a la edificación comunitaria de la Iglesia" (Nº 10, p. 432).

En la oración en grupo el silencio suele dar lugar a la profecía; en la oración privada da lugar a las

inspiraciones de Dios. Las inspiraciones llevan a los miembros de la renovación hacia la acción en el mundo y, al mismo tiempo, hacia una continua conversión y purificación. El Cardenal Suenens escribe: “La fe en el poder del Espíritu no elimina en nada la necesidad de la ascésis, pero la sitúa en su lugar que es el segundo. . . es Dios mismo el que nos lleva hacia él” (Nº 30, p. 107). Refiriéndose a este aspecto de la oración, dice Teófanos el Recluso: “No busquéis si vuestras emociones han sido profundas o si comprendéis mejor las cosas divinas; preguntáos: ¿Cumplo mejor que antes la voluntad de Dios?” (Nº 4, p. 72).

c) En formas audio-visuales.

“Dios nos habla por medio de su maravilloso testimonio interior. Yo amo esa voz, esa voz reposada que habla a nuestro corazón como las campanas del atardecer. Algunas veces dice “sí” y otras veces dice “no”; algunas veces dice “amén” y otras veces nos da una palabra de amonestación”. . . “Todavía podemos oír la misma voz de Dios en forma audible” (Nº 13, p. 47).

Los ejemplos que siguen pertenecen a personas muy corrientes y sensatas que conocemos bien:

Hacía poco que me había convertido. El Señor comenzó a mostrarme todo lo malo que había en mí y en mi vida pasada. Me lo pasaba llorando. Un día en que sentía una pena enorme por mis pecados, mientras tomaba un baño de tina, escuché claramente con mis oídos las palabras: “¡Hija mía!”, dichas con ternura.

Rezaba durante la Misa pidiendo a Dios luz para algo muy importante en mi vida y escuché las palabras: "Cállate, escucha". El sacerdote comenzó la lectura del Evangelio y una frase fue para mí una verdadera revelación. La paz y recogimiento duraron días.

Había en casa una persona enferma que necesitaba ser internada. El tener que decidirlo me tenía angustiada, confundida. En un momento en que pensaba en esto fastidiada y no pensaba en Dios, vino a mi mente esta frase que me sorprendió: "Déjala en la casa; fíate de mí". Contesté inmediatamente: "Está bien; me fío de ti". Contra todo lo que podía esperarse, la persona sanó.

Tanto las palabras, como las comunicaciones de tipo visual que pueden ser llamadas "visiones", no ocurren con el carácter de algo extraordinario, de tipo extático, sino que suceden de manera muy sencilla y natural.

Aquí van algunos ejemplos de imágenes que se pueden llamar "exteriores" porque va incluido el panorama externo:

Estando en retiro, escuchaba con mucha atención al sacerdote que nos hablaba y vi, con los ojos abiertos, una franja de color blanco alrededor de su cabeza. Esto me ha sucedido en tres ocasiones. Los papás habían ido a una reunión de oración y la empleada escuchaba la radio. Los niños se habían acostado y acababan de leer en la Biblia el episodio de la escala de Jacob. Según cuentan ellos, se apagó de repente la luz y vieron una luz azul, de un color azul que no han logrado encontrar en nada, y una silueta. No veían su rostro. La niña mayor dice que era Jesús, porque "todos los

pecados de mi vida... ¡pum!". La otra niñita explica que no sintió temor sino paz. En seguida vieron de nuevo las luces encendidas en la casa.

Una noche del retiro, debajo de los árboles, un sacerdote oraba por nosotros. Las cosas que él pedía no me interesaban y sólo a ratos ponía atención; en cambio gozaba de la paz de la noche. Una de las veces que abrí los ojos vi a la derecha del sacerdote, una silueta muy alta de Cristo en negro. Pensé que la formaban las sombras y cerré los ojos pero sabía que cuando de nuevo los abriera no volvería a verla. Parecía como si el Señor escuchara lo que el sacerdote pedía.

Sentí que todas las penas del pasado no tenían ya razón de ser. Más tarde supe que era una oración por "sanación interior". Desde entonces nunca he dudado de que Cristo está presente cuando un grupo ora.

Hay otra clase de imágenes que podríamos llamar "interiores" porque no incluyen el panorama exterior. Estas imágenes interiores son muy frecuentes. Aquí va un ejemplo:

Asistí a un retiro muy silencioso porque la mayoría eran religiosas. Sentía mi pobreza espiritual y un mundo de obstáculos que parecían no tener solución. Llegué atrasada a Misa y eso me puso de mal humor. Me senté en un lugar vacío y traté de pescar la onda poniendo atención a las lecturas; pronto comenzó la homilía y cerré los ojos para escuchar.

Tuve entonces una imagen de algo semejante a una nube pálida en la que se percibía vagamente el rostro de Cristo y alguien más que no era visible. Fue sólo un instante. Comprendí que era amor

y era Dios. Sentí su amor rodeándome en tal forma que parecía no haber nada entre Dios y yo, nada que me separara. Abrí los ojos y aún duraba la homilía.

En el ofertorio todos rodeaban el altar. Miré a las religiosas, desconocidas para mí y poco atractivas, y sentí por ellas un amor enorme; también abrazaba en ese amor a personas ausentes que eran problema en mi vida. Deseaba vivir para ellas. Era como una ola de amor que no era mía. No duró mucho tiempo.

Una tercera forma de revelación o comunicación es lo que los autores antiguos llamaron "visión intelectual". Casi no merece ser llamada "visión" pues se produce sin imágenes de ninguna clase. Santa Teresa dice que cuando se trata de visiones imaginarias, la persona "sábelo después decir... mas cuando son visiones intelectuales tampoco las sabe decir" (Nº 31, Cap. IV, pág. 310). Y explica así la visión intelectual: "Estando el alma descuidada siente cabe sí a Jesucristo Nuestro Señor, aunque no lo ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma" (Nº 31, Cap. VIII, pág. 337).

Una profesora de Teología de la Universidad de Notre Dame que participó en la Renovación en sus comienzos, escribe: "Ocurre una visión intelectual cuando no hay imagen presente... pero una Presencia es experimentada y el que recibe la experiencia conoce con gran certidumbre si es Jesús, o la Sma. Virgen, o un santo. Muchos miembros experimentan la presencia de Jesús sea de pie o sentado al centro del círculo alrededor del cual se agrupan. Si esta presencia viene realmente de Dios produce amor,

gozo, paz y un deseo de servir a Dios y al prójimo" (Nº 12, pp. 32-33).

En los grupos chilenos nunca se refieren a esto como "visión"; en cambio hablan de "haber sentido" muy presente al Señor en la reunión de oración, algunos se extrañan de que a veces "no se lo siente". En ocasiones sólo algunos tienen esta impresión, otras veces son casi todos.

Nos sentamos en un banco solitario de la plaza para rezar. Conversamos un rato y después oramos. El Señor estaba ante mí increíblemente presente, como nunca lo había sentido. Y había tanta alegría en el Señor, y en nosotros dos una enorme felicidad. Nos pusimos de pie y él dijo: "¡Qué maravilla hace el Señor, que le da uno justamente lo que necesita!".

Los *sueños*, que tan frecuentes son entre los pentecostales clásicos, son más raros entre los católicos de la Renovación. Una señora cuenta lo siguiente:

Era una época en que me atormentaban muchas dudas y temores. Soñé que subía en auto una cuesta escarpada; a mi lado, en el volante, iba un hombre cuyo rostro no veía, solamente escuchaba su voz tan simpática y amorosa. El auto iba muy cargado y él me tranquilizaba: "No te importe, es el auto el que lleva la carga y yo el que manejo". El camino era hermoso pero el precipicio daba miedo. Yo me sentía feliz a su lado y sentía por él un amor muy dulce y muy puro. Llegamos a una cumbre en que no era posible seguir. Entonces el auto se transformó en avión y pudimos alcanzar el lugar de destino. Desperté y desde esa noche mis dudas y temores se desvanecieron.

3. *Oración en lenguas*

Un mes después de pedir el Espíritu Santo me encontraba meditando en el jardín. Estaba feliz, con una felicidad tan grande que necesitaba cantar. Canté en lenguas y era un canto muy bonito; mientras cantaba sentía sobre mí como un manto de paz. Esa paz me duró hasta el día siguiente. Fui de nuevo al jardín y volví a cantar.

Hacia varios meses que estaba en la Renovación. Oía a otros cantar en lenguas pero pensaba que yo nunca podría hacerlo. En una reunión de un grupo pequeño varios empezaron a cantar en lenguas y en cierto momento me di cuenta de que estaba cantando a media voz con ellos y me sentía muy alegre de alabar en esa forma al Señor. Pronto se callaron y yo también.

El orar o cantar en lenguas es una experiencia muy sencilla y hermosa para el que la experimenta; para los demás es algo difícil de entender y provoca reacciones muy diversas.

Un dominico inglés escribe: "La oración no articulada o no conceptual es una parte importante de la oración misma, y una parte que, en nuestra época de racionalismo, no siempre ha sido estimada en su justo valor" (Nº 35, p.60). Por tratarse de una forma de oración poco conocida, se la explicará con mayor detalle.

a) *Relación entre don de lenguas y "Bautismo en el Espíritu"*

En los Hechos de los Apóstoles se habla de varias ocasiones en que descendió el Espíritu Santo; en tres

de ellas se dice expresamente que los presentes hablaron en lenguas (24; 10,44-46; 19,6).

Hay una relación estrecha entre la oración en lenguas y la experiencia espiritual llamada comúnmente "bautismo en el Espíritu". Ante una gracia extraordinaria como es esa, la respuesta espontánea es la alabanza y la oración en lenguas es una forma excelente de expresar alabanza.

La efusión del Espíritu Santo ocurre en lo más profundo del ser; es objeto de experiencia y repercute en la totalidad de la persona. Lo que surge no es una idea, porque los conceptos son muy pobres para expresar lo que la persona siente, sino una alabanza y un gozo que brota del corazón como un canto. Si una persona está libre de inhibiciones, este gozo puede expresarse fácilmente en gestos; como hace el niño o el joven de hoy día que, cuando está contento, baila. El lenguaje convencional que hemos aprendido para comunicarnos es limitado y más bien frena la espontaneidad.

Muy pocos, entre los católicos chilenos, han orado en lenguas inmediatamente después de pedir el Espíritu Santo; muchos han sentido una gran necesidad de silencio y recogimiento. Ha sido entre la gente más sencilla y espontánea donde ha ocurrido que, con una pequeña invitación o sin ninguna, algunos han comenzado a utilizar esta forma de lenguaje expresivo y libre.

Una joven pascuense, que había perdido la fe y se encontraba en proceso de conversión, asistió a un retiro carismático. Una tarde, un grupo de 10 ó 12 personas se reunió en una sala de clases para orar.

Comenzaron a cantar en castellano y después algunos siguieron cantando en lenguas. La joven se unió a ellos cantando a media voz en pascuense un canto a la Virgen. En un momento dado su canto cambió, tanto el lenguaje como la melodía. Ya no era pascuense y era mucho más suave y melodioso. Cuando los demás terminaron, también ella calló.

Una señora sumamente sencilla contó así su experiencia: ¡Fue maravilloso! Era la semana de Pentecostés y nos habíamos preparado orando. Esa tarde nos sentamos en círculo y rezaron por nosotros. La Sra. M. que estaba a mi lado me dijo: “Puedes rezar en lenguas; empieza no más”. Yo me lancé a hablar y ¡qué consuelo era alabar así al Señor y darle gracias! Ahora, cuando rezo en lenguas, me parece que hablo al ladito del Señor, más íntimamente. También canto cuando lo hacen los demás. ¡Quisiera tanto que en las reuniones de oración nos convidaran a menudo a alabar juntos al Señor en lenguas!

El Cardenal Suenens escribe: “Cuando toma la forma de un canto colectivo improvisado, esta oración es a menudo de una rara belleza y de una intensidad religiosa impresionante para el que lo escucha sin prevención” (Nº 30, p. 123).

b) *Diferentes casos en que se manifiesta el don de lenguas.*

Para evitar confusiones, y comprender mejor las indicaciones de san Pablo, es muy útil distinguir entre lo que es una *gracia de oración* destinada a la edificación de la persona misma, especialmente para uso privado, y lo que es el *carisma* para la edifica-

ción de la comunidad. Tanto como gracia de oración como en cuanto manifestación carismática, puede tomar la forma de canto. De aquí que puedan distinguirse los casos siguientes:

— *Orar en lenguas*. Es más corriente. Se usa, tanto en los tiempos de oración, como a lo largo del día y en cualquier circunstancia. No importa el lugar porque puede orarse silenciosamente, sin que lo adviertan los demás. Casi siempre expresa alabanza; pero también se usa para intercesión, especialmente cuando no se sabe qué pedir; por ejemplo, al orar solo, o en grupo pequeño, por un enfermo o una persona con problemas.

— *Cantar en lenguas*. Casi todos los que oran en lenguas pueden también cantar; y hay algunos que solamente cantan. Se canta en el grupo, o bien solo, en cualquier sitio. Así como al rezar en lenguas la persona no se preocupa por las palabras, al cantar tampoco se preocupa por crear la melodía; canta libremente, siguiendo un ritmo interior de adoración a Dios. Se suele llamar a esto "cantar en el espíritu".

Después de un retiro, una religiosa joven se fue a la orilla del mar para contemplar la puesta de sol. Sentada en la arena pensaba en la grandeza de Dios. En un momento dado se sintió tan llena de alabanza que se fue por la playa cantando sin palabras una melodía muy hermosa que no había aprendido.

El carisma de *hablar* en lenguas que se manifiesta en las reuniones y va seguido de interpretación será tratado en la segunda parte.

c) *Intentos de definición:*

“Orar en lenguas es una manifestación sobrenatural del Espíritu Santo en que el creyente habla un lenguaje que no ha aprendido y que no entiende. . . No es otra cosa que orar con el espíritu y no con la mente. . . es un acto de adoración espiritual” (Nº 8, pp. 22 y 15).

“Es un medio de expresar adoración que pasa por sobre las limitaciones de la mente humana de modo que nuestra lengua toma alas y la prosa se torna poesía” (Nº 17, p. 43).

“Proporciona la más adecuada expresión para la alabanza” (Nº 28, p. 126).

“Alabanza y adoración son básicamente cosas no conceptuales y el don de lenguas es oración no conceptual” (Nº 29, p. 97).

“Es simplemente un don de oración que el Espíritu Santo inicia” (Nº 27, p. 15).

“El que ora en lenguas proclama las alabanzas divinas como llevado por el Espíritu Santo. Es una respuesta ante la gloria de Dios. . . Es la expresión de lo inefable” (Nº 10, p. 419).

“Capacita a muchos que lo usan para orar en un nivel más profundo. . . debe ser entendido como la manifestación del Espíritu en un don de oración.

Hay un considerable valor espiritual en tener una manera de orar no objetiva, preconceptual. . . permite decir lo que no podría ser expresado por un medio conceptual. . . Bajo el poder del Espíritu, el creyente ora libremente sin formas conceptuales” (Nº 22, p. 52).

Podríamos concluir:

Es una manera de comunicación no conceptual que permite una oración más profunda y libre. Juego de sílabas que suspende la actividad conceptual para que la oración se convierta en pura presencia, alabanza, acción de gracias, adoración. Es un influjo del Espíritu Santo que fluye a través de nuestro espíritu sin pasar por los canales estrechos de nuestros conceptos.

Las personas que tienen experiencia de orar en lenguas suelen considerarlo de diversas maneras. Algunas lo ven como algo milagroso, como intervención de Dios, exagerando el rol que el Espíritu Santo tiene en toda oración. Otras distinguen entre la materialidad del acto, como algo que en sí mismo forma parte de las posibilidades naturales del ser humano y, por otra parte, el aspecto espiritual que suele corresponder a diversos grados de oración contemplativa.

d) *Lo que la oración en lenguas no es:*

No es algo especialmente *emocional*. No es producida por emociones sino por algo mucho más profundo. A menudo no comporta ninguna emoción, o sólo el tipo de emociones que acompaña a cualquier actividad humana normal.

No es *extática*: la persona está plenamente consciente de sí misma y de cuanto sucede alrededor.

No es algo *compulsivo*. Es una posibilidad que la persona queda libre de usar o no; y permanece bajo el control de la voluntad.

La acción material de hablar en lenguas *no puede ser atribuida* al Espíritu Santo: es acción de la persona. Lo que sí es obra del Espíritu Santo es la inspiración interior de la oración que fluye del corazón .

Tampoco es *oración extraordinaria* en el sentido de que sea necesariamente contemplación infusa, como la define, por ejemplo Tanqueray; pero es un paso muy importante hacia una oración de silencio, de quietud, de mayor receptividad.

No es *para una élite*. En cuanto don de oración, se supone que es para todo cristiano. De hecho oran en lenguas toda clase de personas: cultos e incultos, jóvenes y ancianos, aún adolescentes y niños.

No es algo *sin sentido*. La persona desconoce las palabras de su oración pues no hay palabras; pero está consciente de su actitud ante Dios que puede ser amor, entrega, agradecimiento, confianza, humildad, intercesión, alabanza, etc. Si bien es cierto que se trata de una oración simple, sin trabajo discursivo, **no puede decirse** que esté ausente de ella toda **intuición intelectual**, y la intuición es una forma más perfecta de conocimiento.

e) *La experiencia de orar en lenguas por primera vez.*

La experiencia de cada persona es diferente. Para algunos parece ser algo muy natural, no tienen dificultad en comenzar y pueden orar largo rato con un lenguaje fluido y variado. Otras personas, pese a sus esfuerzos, sólo consiguen pronunciar una o dos sí-

labas; pero con el ejercicio van progresando. Algunas desean el don y lo piden durante años, sin embargo no lo obtienen. A veces el obstáculo está en cierto temor de perder el control de los propios actos; otros temen que se trate sólo de algo que ellos mismos producen, y esperan pasivamente que se presente una fuerte acción del Espíritu. Otros experimentan rechazo después de haber visto a alguien hacer mal uso del don.

A las personas que desean orar en lenguas se les aconseja unirse al grupo que ora en voz alta.

Según el P. Montague, M.M., orar en lenguas “supone el mismo acto de abandono, de *dejarse ir*, que ha de arriesgar todo el que quiere aprender a nadar. La dificultad se encuentra sólo en la sencillez misma del acto: balbucear como un niño. El mecanismo es tan simple como silbar o cantar bajo la lluvia. Pero, para ser una auténtica experiencia del Espíritu, debe ser una manera de proclamar que Jesús es Señor de mi vida” (Nº 26, pp. 47-48).

Un sacerdote colombiano da las indicaciones siguientes: “Entrando en un clima de alabanza a Dios... abrir los labios... pronunciar sílabas sin preocuparse mayormente del significado” (Nº 19, p. 75).

El P. Gelpi, s.j., cuenta cómo, después de oír hablar a un amigo sobre su experiencia en la Renovación, fue a la capilla y “comencé a decirme suavemente a mí mismo: ‘la,la,la,la’. Para mi inmensa consternación, se siguió un rápido movimiento de la lengua y de los labios acompañado por un tremendo sentimiento de devoción interior” (Nº 14, p. 1).

Merlin Carothers, pastor de la Iglesia Bautista y conocido por sus libros sobre la alabanza, cuenta así su bautismo en el Espíritu: "No sentí absolutamente nada. Entonces la dama que oró por mí me dijo que podría hablar en lenguas si sólo abría la boca y dejaba salir las palabras. . . Noté algunas extrañas 'palabras' formándose en mi mente, abrí mi boca y las dije en voz alta" (Nº 7, p. 41-42).

Una persona puede comenzar a orar en lenguas en cualquier lugar. En los sitios que parecerían menos apropiados. Esto hace notar un autor protestante cuando cuenta de una joven que, en gira turística por Italia, comenzó a alabar a Dios suavemente en lenguas mientras asistía a una audiencia del Santo Padre (Ver Nº 3, p. 99).

En Estados Unidos estiman que, si se prepara debidamente a las personas para pedir la efusión del Espíritu Santo, la mayor parte de ellas orarán en lenguas en dicha ocasión o poco tiempo después.

Según una encuesta realizada en Estados Unidos por el P. Joseph Fichter, s.j., el 86% de los participantes en la Renovación oraba en lenguas (Nº 11, p. 10). El P. Laurentin da para Francia una cifra de 80% (Nº 21, p. 72).

Algunas experiencias:

Dos chiquillos me invitaron una noche a la Iglesia para rezar. La gente ya se había retirado. Oramos un rato y después ellos empezaron a cantar en lenguas; yo también canté. Ellos se alegraron conmigo porque habían pasado 8 meses desde mi bautismo en el Espíritu y yo creía que Dios no me daría ese don.

Desde mi bautismo en el Espíritu que había tenido lugar seis meses antes, había tratado varias veces de rezar en lenguas; pero dejé de intentarlo, me parecía que no era cosa de Dios lo que hacía. En un retiro rezaban en **alta voz**, no en lenguas, y yo comencé a orar en lenguas a **media voz**, repitiendo pocas sílabas pero con **gran alegría**. Cuando dejaron de rezar me callé sin dificultad.

En un retiro de sacerdotes oraron por mí. No recé en lenguas en ese momento. Después oraban por otro grupo; me puse entre los que rezaban y, con toda naturalidad, comencé a orar en lenguas a **media voz**.

En este ambiente de tomar gusto a la alabanza, no me costó entender que las palabras se quedan muy pobres cuando uno quiere expresar en alta voz algo de lo mucho que quisiera decirle a Dios... En la contemplación de la bondad de Dios, de la belleza de sus obras, venían deseos de cantar algo que nadie hubiera cantado.

Cuando pedí el Espíritu Santo no quería nada con el don de lenguas; pero algunos meses más tarde pensé que, si era útil para orar, como decían, no estaría mal pedirlo. En una ocasión traté de pronunciar alguna sílaba, pero resultó una palabra que tenía significado en otro idioma. Me dije: "Esto no sirve", y no volví a ensayar. Una tarde entré a una iglesia y me senté en los últimos bancos. Rezaban en alta voz por intenciones diversas e hice lo mismo. Pero después de dos o tres frases no encontré nada más que decirle a Dios; las palabras me parecían vacías; me sentía pobre e ignorante ante Dios como un niño y comencé a orar en lenguas a **media voz**. Era como **un juego en el** que no hacía ningún esfuerzo, ni siquiera pensaba en nada, sólo estaba ante Dios sin gran fervor. Mi lengua se movía rápido, con mucha facilidad, pro-

nunciando unas sílabas curiosas. Pensé en volver a orar con mis ideas, pero preferí continuar; también canté una extraña melodía que me parecía muy hermosa y era para Dios. Cuando disminuyó el ruido de los que rezaban, me callé.

f) *Algunos efectos de esta oración.*

Es una oración que supone, y también favorece, una actitud de pobreza ante Dios; actitud de niño o creatura, en la humilde realidad de lo que somos. Es para analfabetos, no para sabios.

También pide una actitud de disponibilidad ante Dios, de docilidad que deja libre al Espíritu Santo para intervenir y así prepara a la manifestación de los carismas.

Generalmente los carismas se manifiestan menos en las personas que no oran en lenguas, aunque hay bastantes excepciones. El Cardenal Suenens escribe: "San Pablo, que lo ejercitaba, lo llama el menor de los dones, ¿no será porque es como un camino de acceso a los otros dones, como una especie de puerta baja que no se traspasa sino inclinándose un poco? Acto de humildad y de espíritu de infancia... Si al comienzo de la experiencia se acepta este acto de humildad, este riesgo de parecer infantil y ridículo, se experimenta la alegría de descubrir un modo de oración que está más allá de todo cerebralismo. Este modo es creador de paz y de plenitud" (Nº 30, p. 123).

Esta humilde entrega a Dios parece crear un orden interior, sosiego, armonía, solución de tensio-

nes, facilidad para encontrar a Dios en una oración que no se queda a nivel superficial, para escucharlo en esa paz profunda y experimentar un amor y un gozo que surgen del interior. A veces la persona está tensa, cansada, preocupada, triste; ora en lenguas unos instantes y todo eso desaparece sin que se sepa cómo ni por qué. La acción de Dios alcanza al subconsciente para ordenar, pacificar, sanar aún físicamente. Y se crea un clima de recogimiento y de silencio que favorece la contemplación.

Así el cristiano de hoy día cuenta con un medio que le permite entrar rápidamente en oración y encontrar a Dios en profunda paz aún en medio del tumulto de la ciudad, las ocupaciones absorbentes, el ruido y las tensiones de la vida moderna.

Algunos autores han dicho lo siguiente:

“Conduce hacia mayor unidad y profundidad interiores y lleva a una oración más continua” (Nº 18, p. 38).

“Parece ser la ocasión, si no la causa, de una comunión muy estrecha con nuestro amante Padre” (Nº 15, p. 63).

“Es un fenómeno psicológico sano, liberador, terapéutico” (Nº 21, p. 117).

“Muchos han encontrado que las tensiones, depresiones, temores, tentaciones, de que no les ha sido posible verse libres de ninguna otra manera, desaparecen al orar en lenguas” (Nº 28, p. 125).

“Edifica otros aspectos de la persona aparte del entendimiento. Nuestra experiencia ha sido que esta manera de orar ha tenido un efecto profundo sobre los sentimientos y actitudes que la mente no siempre

puede controlar. Y parece desarrollar en el creyente una sensibilidad mayor a las realidades espirituales” (Nº 9, p. 93).

“La oración en lenguas es el preludio del Espíritu a la Palabra del Señor. Me capacita para canalizar en la alabanza las fuerzas que en mis profundidades impiden el paso a la Palabra de Dios. Una vez que el Espíritu ha puesto orden en mi caos, estoy pronto para oír la palabra creadora” (Nº 26, p. 46).

“Es un arma contra el demonio y contra nuestras pasiones, precisamente porque es una oración de alabanza, una oración de paz. . . La alabanza es, en esta era escatológica, una función profética. . . El derramamiento del Espíritu profético en Pentecostés se manifestó primero. . . en alabanza. . . Toda profecía es, primero y más que nada, la proclamación de lo que Dios ha hecho en Cristo, es alabanza de sus hechos poderosos. . . La base de toda contemplación y toda profecía es el hecho de que Jesús es Señor y Cristo” (Nº 34, pp. 72, 61-62).

Diferentes personas cuentan su experiencia:

Un sacerdote dice: Por varios meses dejé de rezar en lenguas; pero, siguiendo el consejo de alguien, volví a hacerlo. Descubrí entonces que me daba mucha paz y que después me venían a la mente ideas muy buenas para la predicación o las clases.

Lo uso siempre al orar por la noche y siento más paz que cuando rezo en castellano.

Desde que pude rezar en lenguas tuve facilidad para la oración y gozo en leer la Sda. Escritura.

Desde el comienzo me gustó mucho la oración de alabanza y comprobé que faltan palabras para ala-

bar al Señor; por eso sentí el deseo de orar en lenguas. Para eso me sirve, para alabar a Dios cuando me faltan palabras y también para rezar por personas cuando no sé que pedir.

Desde entonces mi oración empezó a ser distinta. Rezar en lenguas fue como una llama que empezó a iluminar mi vida y me ayudó a decidir mi vocación.

Me dio una experiencia más tangible de Dios. En momentos de euforia en que no encuentro palabras, me ha dado la posibilidad de agradecer y alabar.

Ha habido variaciones. Hay momentos en que siento muy profundamente a Dios al interior de mí misma, otras veces no; entonces me parece que rezar en lenguas es esfuerzo mío y no algo de Dios y guardo silencio.

He notado que el don disminuye cuando permito que los trabajos, el cansancio y las preocupaciones ahoguen la acción de Dios en mí. También cuando falto a la caridad.

La oración en lenguas es como la oración del silencio de que habla san Juan de la Cruz en la *Llama de Amor Viva*. Es una canción que brota del alma como el Magnificat de la Virgen. Si se la cultiva se llega al solo silencio sin lenguas, más profundo todavía. Pienso que es un camino hacia un **silencio mayor**.

Ahora oro menos en lenguas, sólo cuando siento necesidad; porque quitaría el silencio y me impediría escuchar al Señor dejándolo actuar en total **libertad**, sin ningún ruido que perturbe. Pero andando por la casa canto en lenguas, bajito cuando **hay gente** y muy fuerte cuando estoy sola. También canto por las calles y nadie se da cuenta, y si me oyeran no entenderían.

Hay variaciones. Un día oraba por una mamá que había muerto y por sus niños que quedaban solos; mi canto era lindo pero estaba lleno de tristeza y compasión.

Al día siguiente de tener el don de lenguas me disponía a tener un rato de oración mental pero me encontré con la mente totalmente en blanco; sentía una impotencia dolorosa de decirle algo a Dios y me alarmé. Entonces me quedé en silencio ante Dios, volví a orar en lenguas como la primera vez y mi angustia desapareció. Había planeado dedicar ese rato de oración a pedir perdón; pero sentí por primera vez en mi vida que Dios me amaba y, lo que me pareció aún más extraño, que desde el fondo del alma yo también lo amaba. Era como fundirse en un abrazo y mi amor y el de Dios eran uno solo. Descubrí que el subconsciente era algo hermoso, que en él estaba Dios impulsándome hacia Dios.

A veces el orar en lenguas es iniciativa mía, otras veces mi única contribución consiste en no detener la oración. Casi siempre levanto espontáneamente los brazos y el gesto de las manos es diferente cuando la oración expresa alabanza, entrega, intercesión, amor por el mundo o amor que busca a Dios. Cuando canto es siempre alabanza.

II^a Parte

LA ORACION COMUNITARIA

El nombre de oración comunitaria puede aplicarse a formas muy variadas de orar en grupo. Veremos en primer lugar lo que son las reuniones de oración compartida, y en segundo lugar los carismas que suelen darse en estas reuniones.

1. *Reuniones de oración*

"Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18,20).

Siempre se han reunido los fieles a orar y, según las épocas ha habido diferentes devociones: rosario, novenas, bendición con el Ssmo. Sacramento, etc.

La reunión de oración, como se acostumbra hoy día entre los grupos carismáticos, es una forma de oración bíblica compartida, más o menos libre o estructurada según el tamaño de los grupos. No es una oración meramente espontánea en el sentido de responder únicamente a un impulso natural, pues, siendo oración comunitaria, el bien común prevalece en ella sobre los intereses individuales; además, sólo se la considera "carismática" cuando es guiada por la inspiración del Espíritu Santo.

Los grupos de oración, que se multiplican en todo el mundo, han resultado ser la forma más eficaz de agrupación dentro de la actual renovación. Hay en ellos un equilibrio entre los factores de estabilidad y la libre flexibilidad que les permite adaptarse a toda clase de lugares y situaciones. La fidelidad de los participantes es factor de estabilidad; la docilidad al Espíritu los libra de convertirse en estructuras rígidas. No hay dos grupos iguales, y cada grupo está siempre cambiando.

a) *La oración en el grupo.*

Lo que se dijo respecto de la oración privada vale también para la oración en grupo: se habla a Dios y Dios habla al hombre. Pero hay aquí una dimensión comunitaria que no existe en la oración privada.

Se comienza con algunos cantos que ayudan a dejar de lado otras preocupaciones y a centrarse en la presencia del Señor. La respuesta directa al Señor presente en medio del grupo es *la alabanza*, y a ella invitan los cantos y las oraciones espontáneas, los salmos y los silencios de adoración. También hay lugar para la acción de gracias cuando ésta es una especie de alabanza. Lo que aparta de la alabanza hace más difícil orar; la alabanza prepara para escuchar a Dios y une al grupo entre sí en su orientación hacia el Señor.

Un segundo elemento es *escuchar al Señor*. El Señor habla en los silencios, en los textos de la sagrada Escritura, en las oraciones de los demás, en los cantos y por los carismas de la palabra, especialmen-

te la profecía. Cuando las personas son dóciles a la moción del Espíritu suele notarse que, sin que intervenga la iniciativa de nadie, se va desarrollando un tema o varios temas sucesivos; una enseñanza que se va precisando y completando a través de los diversos textos que se eligen generalmente al azar, de los cantos, y de las oraciones.

En un retiro, llegué atrasada al grupo que me correspondía. Estaban en silencio. Después de un rato abrí mi Biblia y leí. El grupo reaccionó vivamente. Yo nada sabía de lo que habían estado hablando y en lo que leí estaba la respuesta.

En un grupo de gente muy sencilla, tanto las oraciones como los textos leídos trataban ese día de las pruebas y tentaciones. En un momento dado se notó en las personas una actitud derrotista. A la mente de una de las personas vino entonces inesperadamente esta frase: "No teman; yo he vencido al mundo".

Habían transcurrido algunos minutos cuando comencé a notar que los textos, cantos, oraciones, tenían todos una curiosa relación con la vida de la Virgen. Parecía irse formando como un mosaico en su honor. Los cantos no eran de por sí marianos, tampoco los textos, pero correspondían a la vida de la Virgen desde el comienzo al fin en perfecto orden, sin una nota discordante. Fue algo extraordinariamente hermoso.

El Señor habla a cada uno y al grupo en su conjunto, no es una instrucción teórica sino una enseñanza para la vida: amonesta y corrige con amor y suavidad, orienta sobre la manera de llevar a la práctica las exigencias del mandamiento del amor.

La respuesta a esa enseñanza la da cada uno en ese momento, y en su vida de los días siguientes. Sólo si se ha sido fiel a esa palabra de Dios y se ha amado a los demás se estará en condiciones de alabar al Señor con sinceridad y verdad porque “no todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos, sino todo el que ha cumplido la voluntad de mi Padre” (Mt. 7,21).

Es cierto que la *primera finalidad de la reunión* de oración es alabar al Señor. Su presencia, experimentada en forma misteriosa, es lo que atrae a las personas a la reunión y las mantiene ahí. Pero hay también un poderoso llamado a la transformación de las personas y a la construcción de la comunidad cristiana. Por eso el Espíritu sopla y su soplo dispersa a los fieles en medio del mundo para evangelizar a los que se encuentran lejos e invitarlos a integrarse a la comunidad. La fe lleva a alabar, a escuchar y a integrarse.

Este tercer aspecto de la oración pone de relieve lo comunitario: hay una puesta en común que consiste en compartir experiencias vividas, en *dar testimonio* de lo que Dios está haciendo. Es el momento de alegrarse con los demás y alabar a Dios por las cosas concretas que ocurren y también de *pedir* juntos al Padre, con un sólo corazón, por las necesidades y problemas de los hermanos.

b) *Servicios o ministerios dentro del grupo.*

Generalmente un grupo nace cuando varias personas, después de asistir a un retiro, deciden orar

juntas una tarde a la semana. Para esto no necesitan grandes preparativos; encuentran fácilmente un lugar donde reunirse, que puede ser la casa o la oficina de alguna de ellas.

Pronto empiezan a llegar otras personas. Los motivos por los que vienen son variados. Puede apreciarse esto en la encuesta realizada por el Centro Belarmino:

A la pregunta: ¿Por qué vino por primera vez? una señora de 42 años responde: "Por curiosidad".

Un muchacho de 22 años: "Buscaba una niña para pololear".

—¿Encontró lo que buscaba? —"No".

—¿Por qué continúa viniendo? —"Porque encontré a Dios".

Con el crecimiento del grupo surgen necesidades de las que es preciso ocuparse. Así aparecen los servicios o ministerios. Hay que buscar un local, preparar sillas, hojas de cantos; acoger a los que llegan, informarlos, proporcionarles libros, etc.

A la pregunta: "¿A qué factores cree Ud. que se debe el rápido crecimiento del movimiento?", algunas personas encuestadas por el Centro Belarmino responden así:

"Al amor con que se recibe a los que llegan" (Un estudiante de 22 años).

"A que cuando una persona llega por primera vez a esta clase de sesiones encuentra gente llena de fe, amor y esperanza" (Un señor de 56 años).

"Porque la gente ha encontrado tranquilidad, interés y apoyo" (Una dueña de casa de 42 años).

Después de la acogida se suele presentar la necesidad de evangelización y hay que organizar reuniones de instrucción, seminarios, retiros que capaciten a los nuevos para comprender mejor lo que es la renovación. Para esto es preciso dar una formación especial a las personas que podrán instruir a los demás, organizando para ellas jornadas y creando equipos de servicio.

Mientras un grupo de oración es pequeño, puede funcionar sin que haya una persona encargada de velar porque haya orden y no se desvirtúe la finalidad de la reunión. Si todos son sensibles a la inspiración de Dios, cada intervención va llevando al grupo en la dirección apropiada. Pero, en un grupo grande, con personas de muy distinto nivel de desarrollo espiritual, se ve la necesidad de una o más personas que estén al servicio de la comunidad que ora.

No se ha encontrado para estas personas un nombre apropiado. En algunos países se los llama "animadores" aunque su función no es la de animar. En otras partes se les dice "líderes" y se habla de "dirigir" la reunión; pero en realidad su papel debe pasar casi desapercibido. Otro nombre que se les da es el de "servidores" porque su rol es servir al grupo en su conjunto.

Este servicio es múltiple. En los grupos con más experiencia el servicio se reduce a dar la señal de comenzar y de terminar la reunión porque todo el grupo es sensible a las inspiraciones del Espíritu Santo. En los grupos de menos experiencia o muy numerosos, los servidores o líderes han de saber ser

instrumentos del Señor para ayudar al desarrollo de la oración.

Al guiar la oración es muy importante la selección de los cantos apropiados para cada momento. Los que tienen el ministerio de la música suelen encargarse de esto. Toca al líder y a su equipo de colaboradores el ejercer una función de discernimiento y el tomar las medidas necesarias para que la reunión se desarrolle sin tropiezos.

El equipo o "grupo de servicio" se reúne a menudo para orar, valorar el progreso y estudiar la forma de servir mejor a la comunidad.

c) *Evolución de los grupos.*

Los grupos están en continuo proceso de cambio: surgen, crecen, se transforman, desaparecen, se dividen, se fusionan, etc. Los grupos de oración son abiertos, y de ahí su inestabilidad. Grupos más pequeños y estables pasan a ser de una u otra manera verdaderas comunidades, con diversos grados de comunidad de vida y aún de bienes. El grupo da origen a lazos muy estrechos de amor y amistad, de apoyo mutuo espiritual y material. Hay un proceso de cambio que consiste en el crecimiento espiritual de cada persona y del grupo en conjunto.

Cuando un grupo entra en un período de expansión numérica, sus miembros suelen añorar el tiempo en que eran una pequeña comunidad; pero, ¿cómo dejar de invitar a otros y de aceptar a todos los que llegan, aún a los que van a crear problemas?

En algunos países han encontrado una fórmula que parecería satisfactoria. Hay en cada ciudad un grupo grande, asamblea de oración que se reúne al menos una vez al mes y a la que todos los grupos pertenecen. Ahí llegan los nuevos y reciben la atención que necesitan. Se imparte la enseñanza y ahí florecen los ministerios carismáticos.

Además, cada persona forma parte de un grupo pequeño, más íntimo y comunitario, estable y limitado a 12 ó 15 miembros que se reúnen por lo menos una vez a la semana para orar, compartir experiencias, ayudarse en el crecimiento espiritual y convivir.

En esta forma solucionan la tensión que existe entre la tendencia a formar comunidad y el deseo de abrirse hacia el mundo para evangelizarlo.

Uno de los factores, tanto de crecimiento personal y comunitario como de expansión evangelizadora, es el ejercicio de los carismas.

2. *Los carismas en las reuniones de oración.*

En la reunión de oración pueden manifestarse todos los carismas; pero en este capítulo se tratarán los que tienen más relación con la oración misma, o sea: *profecía, lenguas e interpretación*; además se explicará el *discernimiento* en cuanto se ejerce respecto de esos carismas.

a) *Profecía.*

La palabra profecía se aplica a diversas realidades. Aquí la usamos como la usa san Pablo en su pri-

mera carta a los Corintios: "Una manifestación del Espíritu para provecho de la comunidad, porque el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación" (Véanse 1 Co. 12,7; 14,3).

"Como sacerdote deseé abrirme al don de profecía y lo pedí al Señor. Cuando recibí las primeras profecías dudé antes de darlas, no me sentía seguro. Ahora las digo tranquilamente. Me vienen a la mente como una idea que siento que es para los demás de parte de Dios.

Comencé reuniones de oración con algunos alumnos. Después de una de las primeras reuniones se me acercó uno de los niños y me dijo: "Hoy no pude orar en voz alta, como deseaba, porque me venía a la mente una frase que no era oración, era algo como ¡Hijos míos, tengan confianza! Esa frase siguió persistiendo y no me dejaba decir ninguna oración". El niño aún no había oído hablar de profecía.

La profecía en las reuniones de oración.

En las reuniones de oración hay numerosas intervenciones que son inspiradas por el Espíritu Santo: a veces algunas personas se sienten movidas a compartir una experiencia, formular una oración o leer un texto claramente guiadas por Dios; otras veces comunican a los demás una idea, una luz recibida.

En todo esto entran en juego diversos grados de inspiración y frecuentemente estos aportes tienen un carácter profético.

Pero, para mayor claridad, usamos aquí la palabra "profecía" para designar comunicaciones que se presentan como mensajes explícitos de parte del

Señor. Suelen estar formulados en primera persona, como por ejemplo: “Hijos míos, no tengan temor; yo estoy con ustedes...”.

El clima de la profecía.

Generalmente Dios habla al grupo cuando éste se encuentra preparado para escuchar, cuando hay un clima de oración y de comunión de los espíritus, y un silencio que es silencio de oración.

También ayuda un clima de confianza, aceptación e indulgencia para los posibles errores, porque la persona que no tiene el hábito de dar profecías suele sentirse cohibida al principio.

Por falta de estas condiciones, los grupos pueden verse privados de una gran bendición. San Pablo aconseja “aspirar al don de la profecía” y “procurar los dones espirituales, pero sobre todo la profecía”. (I Co. 14, 1 y 39). El P. Sergio Zañartu hace notar que, en los primeros siglos de la Iglesia, “junto con la disminución del profetismo, aparece un empobrecimiento general de la carismática” (Nº 38, p. 49).

El proceso de la profecía.

Pueden distinguirse tres elementos:

La inspiración profética.

La comunicación de la profecía.

La recepción por los que escuchan.

“Antes de hablar me siento movida a decir algo, siento que tengo que decirlo y conozco el mensaje completo. Pero primero oro pidiendo luz al Señor, y, aunque me demore en dar el mensaje, no se me

olvida. Después siento una gran paz y lo recuerdo por mucho tiempo”.

“En el retiro un grupo numeroso oraba en silencio. Vino a mi mente la frase: “Yo soy el buen Pastor”. Empecé a dudar; no me atrevía a romper el silencio y mientras más dudaba más confusa me sentía. No hablé. Comenzaron poco después profecías y mensajes en lenguas y todos iban en esa misma línea”.

En la recepción de la profecía por la persona inspirada hay dos aspectos que a veces son sucesivos, otras veces simultáneos y casi imperceptibles. Un aspecto es el hecho de sentirse movido por Dios a hablar, o sea la “unción”; el otro aspecto es la iluminación de la mente, o sea el mensaje.

El impulso a hablar es sentido en forma diferente por cada persona: inclinación, inquietud, peso que persiste, sentimiento de la presencia de Dios, etc. La persona suele orar preguntando si es voluntad de Dios que hable; espera que una paz íntima sea confirmación de estar en la voluntad de Dios.

La iluminación se produce igualmente en diversas formas: ideas, palabras o frases en la mente, palabras escuchadas o leídas, visiones, o simplemente una inspiración que la persona no sabe explicar.

Las visiones son símbolos; generalmente la misma persona comprende casi de inmediato el significado de las imágenes y no puede dudar de su propia visión. Mel Tari llama a las visiones “la televisión de Dios”. Santo Tomás de Aquino habla de la profecía en la *Summa Theologica* y se refiere a los sueños y las visiones, sensibles o imaginarias, con o sin audición de palabras, que Dios utiliza como medio para comunicar su mensaje (II,II, 173-174).

"A veces, mientras oramos en grupo, he tenido alguna visión. Si comprendo lo que significa se lo comunico al grupo para que ellos discernan".

"Un grupo pequeño y muy unido había pasado el día en retiro. Mientras oraban, una joven veía un bosque oscuro y un túnel que desembocaba en un claro de luz. Un sacerdote dijo algo equivalente, en palabras que fueron iluminadoras para el grupo. Otro sacerdote manifestó que él había sentido lo mismo".

"Estando en un grupo de oración, debía salir a cada momento para recibir a personas nuevas que llegaban. Una de las veces que entré, cerré los ojos para orar y tuve la impresión de ver un rostro de Cristo que nos miraba con un amor y ternura enormes. Nunca había imaginado que el Señor pudiera amarnos así; parecía decirnos: "Estoy con ustedes". No veía cómo decirlo pero sentía que eso era también para los demás: Al final de la reunión dije que me había parecido como si el Señor quisiera decirnos esa frase; nada dije de la visión. Entonces una señora empezó a reír, y nos contó que había estado dudando de que Dios estuviera presente en las reuniones, ahora sus dudas habían desaparecido y se sentía muy feliz".

El contenido de la profecía.

A veces la persona recibe la totalidad del mensaje, otras veces lo va recibiendo a medida que lo dice; pero siempre lo siente como algo que no surge de ella misma. Siempre es una palabra de Dios para ese momento: edifica, ayuda a conocer la voluntad de Dios y a crecer en su servicio; consuela produciendo paz y gozo, anima a los desanimados fortaleciéndolos; corrige y amonesta suavemente y con amor, nun-

ca en forma áspera o hiriente. Y, sobre todo, las profecías enseñan y dirigen en la vida cristiana.

Cómo dar y escuchar las profecías.

La profecía tiene ya por sí misma bastante solemnidad, no hay que enfatizar ese aspecto. No hablar tan bajo que no se escuche, ni tan alto que asuste.

La profecía no es pura palabra de Dios; la persona puede, inconscientemente, agregar mucho de su parte. Mientras más entregada a Dios está una persona, más pura y transparente podrá ser su profecía; pero no es perfecta. Por eso está sujeta al discernimiento del grupo y al control de la Iglesia.

Los cristianos que escuchan la profecía poseen la fe de la Iglesia y tienen el Espíritu Santo que los capacita para "juzgar" de lo oído (Cf. 1 Co. 14,29 y 1 Tes. 5,21). Generalmente se juzga por los efectos que produce; es un discernimiento que opera en forma inmediata y espontánea en cada oyente. No se trata de tener una actitud crítica y tampoco de aceptarlo todo con excesiva ingenuidad. Un pastor anglicano escribe al respecto: "Lo profundo responde a lo profundo, y el Espíritu testifica a nuestros espíritus si la profecía es de Dios o no" (Nº 16, p. 35).

"Oír las profecías siempre me produce paz, tranquilidad. A veces han significado una respuesta muy personal para mí".

"La mayor parte de las profecías que he escuchado me han ayudado, me han impulsado a corregir actitudes. Algunas veces escuchando me he sentido molesta, he experimentado rechazo por ese men-

saje. Cuando esto mismo les ha sucedido a los demás miembros del grupo hemos pensado que se trataba de no-profecía”.

Enseñanza y Profecía.

El *maestro* generalmente apela a la inteligencia del alumno: trata de transmitirle con claridad las verdades de la fe como él mismo las ve, ordenadas en un sistema. Su tarea supone talento pedagógico, formación e instrucción previa. En ocasiones suele manifestarse en los maestros un verdadero don de enseñanza y darse una enseñanza evidentemente inspirada. Casi todo el que enseña religión conoce esta experiencia.

En cambio, *la profecía* es recibida siempre por inspiración y sucede de manera imprevisible; por esto no parece que se pudiera hacer de la profecía un ministerio estable; sin embargo hay personas más abiertas que otras al don, a las que Dios usa más a menudo para manifestarlo. Se suele decir entonces que tienen un ministerio de profecía.

El contenido de la profecía puede asemejarse al de la predicación o al de la enseñanza y constituir una exhortación o una instrucción para los que escuchan; pero no se trata de un cuerpo de doctrina sino de un mensaje para la ocasión presente y la enseñanza va dirigida más al corazón y a la voluntad que al entendimiento. El profeta no habla sino cuando es movido por el Espíritu. Sus conocimientos y talentos le sirven para juzgar de su propia profecía y evitar errores, pero no son la fuente de su inspiración.

Profecía y enseñanza se complementan. En la realidad pueden darse ambos ministerios en la misma persona pero es bueno distinguirlos. La comunidad necesita de ambos.

b) *Lenguas e interpretación.*

En las reuniones de oración, cuando todos oran juntos en voz alta, algunos lo hacen en lenguas discretamente y sin llamar la atención. A veces se escucha una oración en lenguas como un murmullo antes de comenzar un canto colectivo en lenguas. Ni esta oración ni este canto necesitan interpretación porque no son un mensaje dirigido a la comunidad.

El canto en lenguas o en el espíritu.

A veces una persona comienza a cantar a media voz: la música es espontánea y la letra es expresiva, no conceptual. Otras personas se van uniendo hasta que una gran parte del grupo está cantando en una forma espontánea y libre, escuchando a los demás y dejándose guiar por el Espíritu en su alabanza a Dios. Tanto el lenguaje como la melodía de cada persona es diferente pero se escuchan como olas de alabanza que suben y bajan. En un momento dado, todos llegan al final de su canto y callan juntos, sin que haya una nota discordante.

Estos cantos en lenguas son siempre diferentes, y reflejan tanto el nivel de profundidad en la ora-

ción como la armonía que une al grupo en caridad. El P. John Palm, jesuita de Taiwan, cuenta en una carta sus impresiones después de asistir a un congreso de líderes en Roma. Dice así: "Para los amantes de la música, la mayor prueba de que el Espíritu Santo dirigía el coro era el canto en lenguas en melodías diversas que se combinaban en una armonía, comenzando suavemente, subiendo hasta un crescendo y desvaneciéndose en paz; todos terminando a un tiempo en obediencia a la mano invisible del Espíritu Santo".

"Asistía al retiro una joven que se decía incrédula. Sus padres, ateos, no la habían hecho bautizar. En Misa, después de la consagración, oyó cantar en lenguas por primera vez y se dijo: "Aquí debe de estar Dios". Y arregló su vestido para presentar una postura más correcta".

La oración y el canto en lenguas crean un clima de paz, recogimiento, silencio y adoración; son una preparación para escuchar mensajes de Dios. Dice el P. Montague: "La obra del Espíritu es frustrada si no termina en la Palabra" (Nº 26, p. 58).

Después de un canto en lenguas suele haber un rato de silencio absoluto que muchas veces da lugar a la profecía o a lenguas con interpretación.

Hablar en lenguas (1 Co. 14,2).

Anteriormente hemos hablado de la oración en lenguas: una gracia de oración que puede ser usada

a voluntad del que la posee y en la forma que lo desee: en alta voz, cantando, en silencio.

Diverso es el carisma de "hablar en lenguas". En este caso no se procede por propia iniciativa sino por una inspiración especial de Dios que algunos llaman "unción". Dios mueve a la persona a hablar o a cantar en lenguas para comunicar un mensaje a la comunidad.

Esta moción de Dios se experimenta en diversas formas según las personas. No es algo compulsivo, pero la persona se siente incómoda mientras no cede al impulso. Parte de la incomodidad se debe a que la persona duda si hablar o no: desearía tener la certeza absoluta de que su impulso viene de Dios y ora pidiendo ser dirigida por Dios y evitar engaños. Esto sucede sobre todo al comienzo cuando, como Samuel, aún no se está acostumbrado a escuchar la voz de Dios (Cf. 1 Sam. 3,7).

Algunas veces, la persona que habla o canta en lenguas tiene alguna impresión respecto del sentido de su mensaje, impresión que le permite darse cuenta de si la interpretación que otro da es o no auténtica.

"Antes de empezar me siento inquieta. Es algo parecido a la inquietud que experimenta la persona que tiene problemas de vocación. Siento un impulso, tengo que hacerlo porque es lo que el Señor quiere. Al empezar a cantar siento paz y tranquilidad y una como luz suave que me da a conocer algo del sentido general; pero no lo tengo claro y no podría expresarlo con palabras. Al escuchar la interpretación siento una paz que confirma que era eso lo que el Señor quiso decir".

“Hablar en lenguas ha sido para mí una experiencia muy rica. Me sucedía cuando en el grupo de oración había momentos largos de silencio, a veces después de un canto en lenguas.

Siento entonces una presencia grandiosa que me invade y me da paz y algo empieza a aflorar. El Señor me ayuda a hacerme disponible. Lo que predomina es el gozo en el Señor y el sentirme más amada que nunca por Dios: es experiencia de amor. Y se siente como un mensaje que transmitir, que compartir para que participen de ese gozo y esa alegría.

En algunas ocasiones he guardado silencio. Después he sentido como una pesadez en el corazón.

Interpretación,

El mensaje en lenguas necesita interpretación. Por lo cual, según san Pablo, “el que habla en lengua extraña debe pedir en oración poder interpretarla; o que otro la interprete” (1 Co. 14, 13.27). La interpretación inspirada es uno de los nueve carismas enumerados por el Apóstol, para provecho de la comunidad.

Dios puede dar la interpretación a cualquiera de los presentes. No es traducción, y por eso puede ser más corta o más larga que el mensaje en lenguas. No es el fruto de un esfuerzo por comprender, es algo que se recibe de Dios por inspiración como la profecía. Viene inesperadamente y persiste. Toma diferentes formas: puede ser una idea, o una imagen, o escuchar las palabras, o verlas por escrito, o ir las recibiendo poco a poco. El intérprete se siente ins-

pirado a hablar: es la "unción". A veces duda, vacila, se calla. A veces varias personas reciben la misma interpretación o interpretaciones complementarias.

El contenido de la interpretación suele ser un mensaje de Dios a la comunidad, semejante a la profecía; otras veces es una alabanza a Dios, una oración dirigida a él.

Cuando una persona habla en lenguas el grupo guarda silencio y espera que Dios inspire a alguien la interpretación. Esta interpretación suele ser confirmada por una o varias personas. Por esto el conjunto de lenguas con su interpretación suele producir un sentimiento muy vivo de la presencia de Dios y de su amor que acude en ayuda de sus hijos (Cfr. N^o 37, p. 88).

La transcripción de una profecía o una interpretación resulta pálida porque no reproduce la oportunidad de lo que se dijo. Los testimonios siguientes pueden dar alguna idea de estos carismas.

En una sesión del seminario de preparación para pedir el Espíritu Santo un sacerdote habló en lenguas en voz alta. Una religiosa dijo inmediatamente: "Sin mí nada podéis hacer". Se siguió un largo rato de silencio porque esa frase pareció llegar a todos como cargada de gracia.

En la reunión de oración un sacerdote habló en lenguas. Guardamos silencio esperando pero nadie dio la interpretación. Mientras seguíamos en silencio vino a mi mente la frase: "He aquí que estoy a la puerta". Me puse a meditarla. De repente me di cuenta de que no era para mí sola y que debía decirla a los demás. Empecé diciendo: "No sé si

será la interpretación...". La frase tenía que ver con el tema que se estaba desarrollando y después la oración del grupo tomó un nivel de gran profundidad.

En un grupo pequeño y muy nuevo, el sacerdote que lo dirigía habló en lenguas y oró pidiendo la interpretación. Yo tenía en la mente la frase: "Mis caminos no son tus caminos". Pero me puse a pensar que seguramente la había sacado de alguna lectura y que a nadie le serviría de nada. Por fin opté por decirla. Para uno de los presentes significaba mucho.

En una jornada de líderes un joven habló en lenguas. Mientras él hablaba, una religiosa sentada delante de mí se esforzaba en ahogar los sollozos. La interpretación que vino después era un llamado al arrepentimiento.

En medio de una reunión de oración muy numerosa, una voz de mujer cantó en lenguas. Era un canto largo y extraordinariamente hermoso. A una religiosa que escuchaba le parecía estar contemplando la naturaleza, flores. Después una joven dio la interpretación: era algo muy poético que hablaba entre otras cosas de un jardín lleno de flores.

c) *Discernimiento de espíritus.*

Escribe Mons. Vincent Walsh:

"El discernimiento presupone una vida de la Iglesia que está llena de poderes sobrenaturales y manifestaciones de la presencia de Dios. La misma riqueza de la actividad divina hace surgir a la superficie las fuerzas del mal, y es también un campo para la actividad religiosa desviada.

El discernimiento... es la capacidad de penetrar a través de las apariencias exteriores para descubrir en el fondo si el origen de una moción es Dios, el hombre con sus impulsos naturales, o el mal" (Nº 37, pp. 160-161).

Con estas palabras tenemos una descripción general de lo que es discernimiento, y una indicación de su necesidad. En un ambiente de indiferencia religiosa, nadie se interesa en discernir el origen divino, humano o demoníaco de las motivaciones; pero al cristiano que está entregado a Dios le importa mucho precaverse del engaño y percibir con gozo cuando "es el Señor" (Jn. 21,7).

Por esto san Pablo exhorta: "examinadlo todo y quedáos con lo bueno" (1 Tes. 5,21); da criterios de discernimiento en varios de sus escritos (p. ej. 1 Co. 13,1-2; 12,2-3; Gál. 5,16-26) y señala el "discernimiento de espíritus" como uno de los carismas necesarios para el bien de la comunidad (1 Co. 12,10).

Algunas maneras de discernir.

Todos nos enfrentamos continuamente con actitudes que tomar, ya sea respecto de la conducta personal o de las situaciones que se producen en las comunidades. ¿Cómo discernimos lo que Dios quiere de nosotros? Aquí se explican tres maneras:

La *primera* manera consiste en examinarlo todo con las luces de la razón, utilizando la virtud de la prudencia y contando con la ayuda de la gracia. Reflexionamos sobre las experiencias pasadas y pesa-

mos las posibles consecuencias de una u otra posición para elegir la mejor. Si hemos elegido bien sentimos satisfacción y paz, como confirmación de encontrarnos en la voluntad de Dios.

La *segunda* manera es aquella en que actúan los dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, consejo. Somos guiados por las inspiraciones de Dios. Estas inspiraciones son difíciles de distinguir respecto de las inclinaciones naturales con las cuales se suelen mezclar, porque todas se sienten brotar de nosotros mismos. Pero las inspiraciones están impregnadas de un amor diferente que viene de Dios. No se trata tanto de distinguir el bien y el mal, sino de conocer la voluntad de Dios dentro de varias alternativas buenas. Si la persona es dócil, las inspiraciones de Dios la impulsan de continuo como una suave brisa; y la paz de Dios, la consolación que no consiste en consuelos sensibles, se hace sentir cuando se está en el lugar que Dios quiere. Una religiosa da el siguiente testimonio:

“Hay una paz de muy dentro que acompaña cualquier cosa que viene de Dios; es casi como la presencia de Jesús resucitado. Esto sucede aún en momentos trágicos de desastre. Mientras más madura es la persona, más intensa es la paz que mantiene siempre.

Escribe el P. Therrien: “La condición misma del cristiano, su vida según el Espíritu, le permite juzgar, por una especie de connaturalidad, de las cosas del Espíritu. . . El verdadero cristiano posee en él un principio iluminador que lo pone al abrigo de los

errores de los falsos profetas y le permite permanecer unido a Cristo. Este discernimiento de los espíritus sobrepasa el simple juicio crítico natural y supone una *renovación de la mente*" (Rom. 12,2) (Nº 33, p. 59).

La *tercera* manera consiste en el don de Dios o carisma de discernimiento de espíritus.

Este carisma se define como una iluminación divina o manifestación del Espíritu Santo por la que una persona conoce cuáles espíritus están motivando o impulsando determinada actuación, para proteger del engaño a la comunidad.

Es como un mensaje que viene de afuera; no como que surge de la persona misma. Se forma súbitamente en la mente sin aparente ocasión natural, espontáneamente, completo. No depende del esfuerzo, la iniciativa ni los conocimientos de la persona; es un conocimiento que lleva consigo su propia convicción. No se trata de perspicacia, instinto psicológico o espíritu crítico. No hay que confundirlo con el agrado o desagrado que nos producen las cosas. Puede venir, lo mismo que otros carismas, por medio de visiones, o también por sensaciones o sentimientos agradables o desagradables.

Es un medio por el que Dios da a conocer el origen de lo que está sucediendo en un grupo, en una reunión, en una persona, o bien en el ejercicio de algún carisma; y esta iluminación se da para provecho del Cuerpo de Cristo, por esto es un carisma que necesitan los pastores.

El discernimiento puede darse *en forma colectiva*; es la más corriente. El grupo de oración, unido

en el Espíritu, siente instintivamente lo que es o no es de Dios y así “juzga” las profecías y las demás manifestaciones carismáticas y también las diversas intervenciones de las personas.

El que manifiesta un carisma o interviene en cualquier forma en la comunidad ejercita igualmente el discernimiento que, en este caso, no es la capacidad de juzgar palabras y acciones ajenas, sino luz que ilumina respecto del origen de los propios impulsos. Según san Agustín, santa Mónica “aseguraba discernir, por no se qué gusto que no alcanzaba a explicar con palabras, la diferencia entre las revelaciones de Dios y los sueños de su propia alma” (Confesiones, libro VI).

Discernimiento de la profecía.

Podemos distinguir tres tipos de profecía: profecía verdadera, no-profecía, y profecía falsa. Lo que aquí se dice de la profecía puede aplicarse a los carismas de hablar en lenguas y de interpretar.

Profecía verdadera:

La profecía generalmente no se da aislada sino dentro del contexto de la vida espiritual del grupo. Cuando en la reunión se está unido en culto al Señor, la profecía surge como un elemento valioso dentro de la misma acción de Dios y no es algo aislado y desconectado de la situación.

En un retiro se había hablado de deficiencias en la caridad y era el momento que precedía a una oración por sanación interior. Una joven habló en lenguas y poco después ella misma dio la interpretación. Dijo: "Venid a mí los que estáis cargados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis reposo en vuestras almas".

La profecía verdadera edifica, es decir: alienta, consuela, fortalece, da paz y gozo, hace sentir la presencia y la acción de Dios, lleva al arrepentimiento y la conversión.

La edificación recibida trae como respuesta un asentimiento interior que no es reacción emocional. Esto es lo que algunos llaman "testimonio interior".

Si por el contrario una profecía no ayuda, si desanima o hiere, eso puede indicar que no proviene de Dios. Porque Dios reprende las faltas con amor animando a cambiar y no dejando desaliento.

No-profecía.

La no-profecía ocurre cuando alguien dice, en forma de profecía, algo que en realidad no es mensaje de parte de Dios.

Esto sucede con frecuencia; lo que se dice puede ser bueno, aún podría ser un texto de la Sda. Escritura; pero no se dice en ese momento por inspiración de Dios. No daña pero tampoco edifica, parece faltarle poder; no produce los efectos de la verdadera profecía.

La persona puede tomar por profecía un pensamiento que viene a su mente y que habría podido más bien expresar en oración o comunicar a los demás de alguna otra manera. A veces la persona misma duda de si es o no profecía.

Otro caso ocurre cuando, a continuación de una profecía verdadera, la persona agrega sus propios pensamientos, el proceso intelectual que ha seguido a la recepción del mensaje, su propia sabiduría. No es raro que una profecía sea modificada o influenciada por las ideas religiosas de las personas, sus emociones y problemas, o el clima del grupo presente.

A propósito de esto un antiguo maestro espiritual aconseja: “rechazar las revelaciones que son innecesariamente prolijas o que van recargadas de pruebas o razones superfluas. Las revelaciones divinas suelen ser muy breves y discretas: pocas palabras y muy claras y precisas” (Nº 24, Tomo 2, Nº 332).

Profecía falsa.

No se presenta con frecuencia y es relativamente fácil de discernir. Suele tener un contenido contrario a la doctrina de la Iglesia.

Puede estar inspirada por malos espíritus. También puede provenir de personas que sufren problemas emocionales o desórdenes en su vida moral y los reflejan en palabras agrias, hostiles, condenatorias, presentadas en forma de profecía.

A veces la raíz se encuentra en prácticas de ocultismo, o en la búsqueda por parte del grupo de expe-

riencias de tipo espectacular, o en el hecho de que en lugar de caridad hay odio, envidias, desavenencias o alguna otra situación de pecado, dentro del grupo.

Criterios para juzgar la profecía.

El carisma de discernimiento no necesita apoyarse en criterios extraños, es iluminación de Dios y trae certidumbre. Pero en el uso del carisma es prudente buscar confirmación en diversos criterios. Esto lo haremos con mayor razón si no gozamos del carisma o carecemos de suficiente experiencia en este campo.

A propósito de esta falta de perfecta claridad, escribe el P. Tugwell:

“Nos es preciso aprender a vivir con las incertidumbres y ambigüedades inherentes a toda actividad espiritual en este mundo. . . La mayor parte de nuestras inspiraciones en esta vida son de origen incierto y, si queremos una certeza absoluta, jamás haremos nada”.

“Sin embargo, si nuestra propia vida permanece francamente orientada hacia Dios, nuestro instinto para discernir en los otros lo que viene de él estará más desarrollado y será más seguro” (Nº 36, p. 63; Nº 35, p. 59).

Este “instinto para discernir” es el de los dones del Espíritu Santo a que nos referimos en la segunda manera de discernir. Este instinto busca también confirmación en diversos criterios.

Los criterios pueden ser objetivos y subjetivos:

Criterios *objetivos*: La profecía verdadera,

1. debe estar de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia;
2. debe construir la comunidad llevándola a la unidad por el amor;
3. suele presentarse con el amor y humildad del que en ese momento habla en nombre del Señor.

Criterios *subjetivos*:

La profecía verdadera produce en la comunidad que la oye: paz, amor, gozo, humildad.

La profecía es un mensaje a la comunidad en el contexto en que se halla esa comunidad. Por esto es importante el fruto que en ella se produce.

Si tenemos presentes estos criterios será fácil comprender la prudencia con que se recibirán muchas profecías.

Cuando una profecía es espectacular o anuncia sucesos futuros hay que tomarla con mucha reserva y no darle crédito si no es confirmada.

Algunas Iglesias han tenido experiencias desgraciadas debido a profecías que intervenían en el gobierno de las comunidades y los nombramientos para cargos. En la vida personal también aconsejan no tomar decisiones a base de profecías que digan lo que una persona o un grupo debe hacer. Los profetas no están llamados a dirigir la vida de las Iglesias, grupos ni personas. Un autor experimentado advier-

te: "No permitas que nadie tome autoridad sobre ti diciendo: 'Dice el Señor' " (Nº 25, p. 14).

Las profecías directivas pueden tomarse en cuenta en la medida en que dan luz sobre algo que la persona ya sabe que Dios le pide. La orientación para la acción corresponde más bien a la palabra de sabiduría, y el descubrir los secretos de los corazones (1 Co. 14,25) a la palabra de conocimiento, y ambas deben usarse con mucha discreción y amor.

Discernimiento de lenguas e interpretación.

El discernimiento de lenguas se parece al de la profecía. Si las lenguas son inspiradas por el Espíritu Santo, estarán en armonía con la orientación de todo el grupo que está unido en alabanza y amor de Dios.

Generalmente las lenguas se pronunciarán en forma armoniosa, serena; y producirán los frutos de la presencia del Señor: paz, alegría, recogimiento, amor. Serán sospechosas las lenguas angustiadas, discordantes, inoportunas, persistentes.

Estos son criterios de probabilidad. Pero el don de discernimiento va más allá: dará certidumbre respecto del origen de las lenguas. En el discernimiento de la interpretación de lenguas, discernimos no solamente el contenido de la interpretación sino también su correspondencia o no correspondencia con lo que se dijo en lenguas.

Como la interpretación no pretende traducir el mensaje en lenguas, sino indicar su sentido, puede darse más de una interpretación. Generalmente hay

varias personas que discernen y por distintas vías. Algunos sienten una moción interna de armonía, de armonía, etc.; otros sienten confirmación (o no) porque tenían esbozada una interpretación propia; otros encuentran una confirmación escriturística; a veces hay signos especiales que confirman una interpretación.

Cuando habló N. en lenguas, pedí al Señor que alguien pudiese interpretar, y abrí la Biblia al azar. Me llamó la atención un texto, pero esperé que hablara otra persona. Al poco rato alguien dio una interpretación y pude confirmarlo con el texto que tenía allí ante mis ojos.

Una madre de familia, que no sabía nada de los carismas de lenguas e interpretación, estaba allí cerca del P.M. En el curso de la oración éste habló en lenguas. La señora vio una luz muy brillante ("como un foco eléctrico") en el aire, al mismo tiempo que una voz interior que la urgía a decir: "Hijos míos, habrá paz y abundancia en el mundo". Ella se resistía a hablar. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo estaba allí la luz. Dijo entonces la frase y quedó inundada de gozo espiritual (Más tarde ella explicó que se trataba de paz y abundancia de dones espirituales).

CONCLUSION

La esencia de la oración carismática está en que sea guiada por el Espíritu Santo. Sabemos que una oración ha sido guiada por él si realmente nos ha fortalecido en el amor de Dios y de nuestros hermanos, si nos ha animado a testimoniar con nuestros actos y nuestras palabras que Cristo es en realidad el centro de nuestra vida, si nos ha iluminado sobre nuestra pequeñez y pobreza, si hemos experimentado la presencia de Dios y su amor, si nos lleva a una vida de oración personal, si hace crecer en nosotros los frutos del Espíritu Santo, si servimos más abnegadamente a nuestros hermanos.

Estos efectos son producidos en nosotros por el poder de Dios; en otras palabras, en una oración carismática siempre se manifestará la acción del Espíritu Santo por algunos de sus dones: siempre habrá profecía en una u otra de sus formas; frecuentemente habrá mensaje en lenguas con interpretación; siempre habrá sanación y fortalecimiento interior; siempre habrá un crecimiento espiritual; muchas veces se recibirán luces para comprender más profundamente la palabra de Dios.

De nuestra parte, se necesita rectitud de intención: no buscamos los dones de Dios en sí mismos, sino el culto a Dios y el bien de la comunidad de nuestros hermanos; se necesita también una fe con-

fiada en que, dada nuestra buena voluntad, Dios guiará nuestra oración; por último debemos tomar las medidas sencillas que sabemos por experiencia ser aptas para cooperar con la dirección del Espíritu Santo (Véase el Apéndice).

APENDICE

Principios básicos que orientan la oración compartida.

I. La oración carismática es un acto de culto a Dios

Luego:

- 1) se puede y debe hacer aún cuando no tengamos muchas ganas;
- 2) se colabora en espíritu de fe, alegrándose de que Dios sea glorificado aún cuando nuestra actuación parezca pobre;
- 3) se busca a Dios, y no a los dones de Dios.

II. Es un acto comunitario

Luego:

- 1) el bien común prevalece sobre el bien individual;
- 2) no es ocasión para desahogar largamente las propias penas. Si se desea ayuda, consejo, oraciones, sanación, estas cosas se piden al final de la oración, o a un grupo después de la oración. En la oración misma se puede hacer mención brevemente;

- 3) no es ocasión para desahogar los propios sentimientos, aún los de alabanza a Dios, si en esto prevalece la atención a sí mismo, con detrimento de la buena marcha del grupo en su conjunto;
- 4) en general, debe cada uno evitar las *largas oraciones* y las *largas lecturas*, porque estas:
 - a) ocupan mucho tiempo, haciendo pesada la oración compartida;
 - b) hacen creer que la oración debe ser así, que todos deben orar largo, y esto resulta difícil a muchos;
 - c) hacen perder la precisión del mensaje profético que está contenido en toda participación que es inspirada por el Espíritu Santo.

III. *Es una oración en unión con Cristo y dirigida por su Espíritu*

Luego:

- 1) no es una oración meramente espontánea, es decir, movida por un impulso natural;
- 2) no es una oración planificada, es decir, dirigida por el hombre;
- 3) cada uno ha de suponer que el Espíritu quiere que participe activamente, y ha de contar con su invitación (unción) para colaborar;
- 4) se deben evitar las estructuras, los temas prefijados, las maneras rutinarias en el modo de comenzar, responder, solidarizarse, etc. Por Ej.: "gracias Señor" repetido por todos, "escúchanos, te rogamos", etc.

- 5) es muy conveniente que la sesión de oración sea preparada por un grupo que haga oración antes de la llegada de los demás; la preparación consiste en unirse en Cristo, llenarse de su Espíritu, abrirse a sus dones;
- 6) debemos estar abiertos al don de profecía que se manifestará en sus diversas formas a través de toda la sesión de oración.

IV. *Es una acción humana en fe*

Es decir, suponiendo en fe la actuación del Espíritu Santo hay que emplear los pasos humanos conducentes para que resulte bien la sesión de oración.

Luego:

- 1) conviene desarrollar distintas maneras de orar y presentar así cierta variedad: oración individual, oración simultánea, canto, lectura, testimonio, instrucción, etc.;
- 2) confiando en el don de sabiduría, conviene aprender de la experiencia lo que debe evitarse (por ej.: los cantos largos) y lo que es útil para volver de nuevo a la oración (por ej.: leer un trozo de la Escritura);
- 3) conviene procurar cierto ritmo de silencios que permitan escuchar profundamente, orar interiormente, abrirse a los dones de Dios.

BIBLIOGRAFIA

1. Aldunate, S.J., Carlos, *El Papa y los carismáticos*, Ed. Paulinas, Santiago, 1976.
2. Arminjon, S.J., Blaise, Progresser, *Christus*, N° 68, Act. 1970, pp. 500-501.
3. Bashan, Don, *A Handbook on Holy Spirit Baptism*, Whittaker Books, Monroeville, Pensilvania, 1969.
4. Bloom, Antoine, *Priere Vivante*, Ed. duCerf, Paris, 1972.
5. Bouillot, S.J., M., *Prier en tout temps*. (4° conférence), Inédito. Bruselas, Mayo 1975.
6. Caffarel, Henri, Cartas sobre la Oración, *Enseñanos a Orar*, L'Anneau d'Or, Euramérica, Madrid, 1960.
7. Carothers, Merlin R., *Power in Praise*, Logos International, Plainfield, N.J., 1972.
8. Christenson, Larry, *El hablar en lenguas, un don para el Cuerpo de Cristo*, Editorial Logos, Buenos Aires, 1967.
9. Christenson, Larry, *Speaking in Tongues*, Dimension Books, Minneapolis, Minnesota, 1970.
10. Fernández, O.P., Pedro, *El neopentecostalismo católico. Una evaluación teológica*. Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos Juan XXIII. *Diálogo ecuménico*. Vol. VIII, N° 31,32, Universidad Pontificia, Salamanca, 1973.
11. Fichter, S.J., Joseph H., *Sociological Sidelights*, *New Covenant*, Agosto 1973, p. 10.
12. Ford, J. Massingberd, *The Pentecostal Experience*, Paulist Press, New York, 1976.

13. Gee, Donald, *Pentecostés*, Editorial Vida, Miami, Florida, 1970.
14. Gelpi, S.J., Donald L., *Pentecostalism. A Theological Viewpoint*, Paulist Press, New York, 1971.
15. Geraets, O.S.B., David, *Jesús Beads*, Dove Publications, Pecos, New México, 1973.
16. Harper, Michael C., *Profecía, un don para el Cuerpo de Cristo*, Ed. Logos, Buenos Aires, 1968.
17. Harper, Michael C., *Walk in the Spirit*, Logos International Plainfield, N.J. 1970.
18. Hocken, Peter, Commentaire, *La Vie Spirituelle* N° 600, Jan/Fév. 1974, pp. 42-48.
19. Jaramillo, Diego, *El Carisma de las Lenguas*, Colección Neuma N° 2, El Minuto de Dios, Bogotá, Colombia, 1975.
20. Kadloubovsky, E. y Palmer, G.E.H. (editores) *Writings from the Philokalia on Prayer of the Heart*, VI Edition, Faber and Faber, London, 1971.
21. Laurentin, René, *Pentecotisme chez les catholiques. Risques et avenir*. Ed. Beauchesne, Paris, 1974.
22. McDonnell, O.S.B., Kilian, y otros, *Theological and Pastoral Orientations on the Catholic Charismatic Renewal* (Malines, Belgium, May 1974, The Communication Center, Notre Dame, Indiana, 1974.
23. Maumigny, René de, *Pratique de l'Oraison Mentale*, T. II Gabriel Beauchesne, Paris, 1905.
24. Meynard, O.P., André-Marie, *La Vida Espiritual*, Barcelona, 1908.
25. Miller, Edward, *Prophecy And Its Use*, *Logos*, May-June 1972, pp. 12-15.
26. Montague, S.M. Georges T., *Riding the Wind*, Word of Life, Ann Arbor, Michigan, 1974.

27. Montigny, Armand de, An Ordinary Parish. Extraordinary Hopes. *New Covenant*, Oct. 1975, pp. 14-16.
28. O'Connor, C.S.C., Edward D., *The Pentecostal Movement in the Catholic Church*, Ave María Press, Notre dame, Indiana, 1971.
29. Sherril, John L., *Hablan en Otras Lenguas*, Editorial Vida, Miami, Florida, 1969.
30. Suenens, Cardenal, Leo-Joseph, *Une nouvelle Pentecote?*, Desclée de Bouwer, Paris, 1974.
31. Teresa de Jesús, Santa, Camino de Perfección. *Las Moradas*, Tomo II de sus Obras, 2ª edición, Apostolado de la Prensa, Madrid, 1920.
32. Tillard O. P., J.M.R., Qu'Attend l'Eglise de la vie contemplative? *Vie Consacrée*, Bruselas, Set/Oct. 1974, página 283.
33. Therrien, C.Ss.R., Gérard, *Le discernement dans les écrits pauliniens*, Etudes Bibliques. J. Gabalda et Cie. Paris, 1973.
34. Tugwell. O.P., Simon, *Did you receive the Spirit?*, Paulist Press, Paramus, N.J., 1972.
35. Tugwell, O.P., Simon, Le don des langues d'après le Nouveau Testament, *La Vie Spirituelle*, N° 600, Jan/Fév. 1974, pp. 49-62.
36. Tugwell, O.P., Simon, Quelques Questions, *La Vie Spirituelle*, N° 600, Jan/Fév. 1974, pp. 63-69.
37. Walsh, Rev. Vicent M., *A Key to Charismatic Renewal in the Catholic Church*, Abbey Press, St. Meinrad, Indiana, 1974.
38. Zañartu, S.J., Sergio, *El profeta de la primitiva comunidad cristiana*, (Inédito).

INDICE

Introducción	5
Primera parte	
<i>La oración privada</i>	7
Segunda parte	
<i>La oración comunitaria</i>	31
1. Reuniones de oración	31
2. Los carismas en las reuniones de oración	38
Conclusión	61
Apéndice	63
Bibliografía	67